

tuante y perpleja, volvióse de nuevo á Napoleon, sin llegar á penetrar sus designios. ¿Por qué, decían muchos suecos principalmente entre los militares, no quiere Napoleon alargarnos su mano poderosa? ¿Por qué no nos da un príncipe ó un general suyo? ¿No tiene al bravo pueblo sueco por merecedor de tal fortuna?... Hasta hablaban con cierta amargura de las gentes de comercio, que, esclavas de sus intereses, temían, por las tristes razones sacadas del bloqueo continental, que lo hiciera mas completo la intimidad con Francia. Esta disposicion, aumentada cada dia por lo que apuraban las circunstancias, vino á ser general en breve.

Pensando y hablando de tal modo, se buscaba el príncipe ó el general que Napoleon podria designar á la eleccion de los suecos. Uno habia, el mariscal Bernadotte, hombre de guerra y príncipe, entlazado con la familia imperial por su esposa, hermana de la reina de España, mariscal que habia estado algun tiempo en las fronteras de Suecia y contraido relaciones con muchos naturales. Por la época en que se hallaba junto á aquellas playas, tenia encargo de amenazar á Suecia con una expedicion que debia arrancar de Jutland y auxiliar á los rusos en Finlandia; pero secretamente recibió órdenes de no emprender ningun movimiento. Engalanándose de buen grado con méritos que no eran suyos, hizo valer su inaccion respecto de los suecos, como si hubiera sido voluntaria en vez de prescripta. Halagando donde quiera á todos, por un vago instinto de ambicion que despertaban todos los tronos vacantes ó próximos á estarlo, creóse amigos entre la nobleza sueca, cuyos gus-

tos eran militares. Hábil en el arte de halagar á los demas y de elogiarse á sí propio, se grangeó algunos entusiastas que le miraban como príncipe cumplido. El nombre del antiguo general Bernadotte era pues el que pronunciaban algunos agitadores, como el de un pariente amado por Napoleon, de un militar que le habia prestado inmensos servicios, y que valdria á Suecia, ademas de un gran lustre, todo el favor de Francia.

Esta idea propagose rápidamente, y se hicieron nuevos esfuerzos para arrancar al oráculo mudo una respuesta que se negaba á darles. Recientemente habia sobrevenido otro incidente, singular como todos los que señalaron esta revolucion dinástica, y no era de índole propia á esclarecer las dudas de los suecos. Nuestro encargado de negocios Mr. Desaugiers, acababa de ser destituido, á causa de haber entrado con un personaje sueco en una conversacion, de la cual se podia inferir que Francia se inclinaba á la union de las tres coronas. Este esmero en desaprobare una idea, que era la suya á pesar de todo, probaba hasta qué punto Francia se empeñaba en que su opinion no fuera conocida. ¿Cuales eran pues sus deseos?

En tan cruel apuro, teniendo el rey que hacer una propuesta á la comision de los Estados reunidos, presentóles tres candidatos, el duque de Augustenburgo, el rey de Dinamarca y el príncipe de Ponte-Corvo (Bernadotte). Bajo la influencia de Mr. Adlesparre, gefe del partido revolucionario y militar que habia destronado á Gustavo IV, abrazó dicha comision por resolucion mas prudente y menos aventurada, aunque originada á las claras en el sentido de la buena política, la adopcion del

duque de Augustenburgo, hermano del príncipe finado, por once votos, no obteniendo el príncipe de Ponte-Corvo mas que uno. Así se esperaba del todo vencer la oposicion hecha por el rey de Dinamarca á la aceptacion del duque de Augustenburgo.

Tal era el estado de las cosas, cuando de súbito llegó un antiguo negociante francés, establecido de muy atrás en Gothenburgo, donde no habia sido afortunado en sus especulaciones, y que en ocasion semejante era un excelente agente de elecciones. Enviado por el príncipe de Ponte-Corvo con cartas y caudales tenia encargo de ponerlo todo por obra para sostener al candidato francés. Instantáneamente se divulgaron los mas extraños rumores. Sin que enseñara órdenes é instrucciones del gobierno francés, que no tenia, se dieron á decir por todas partes, que era necesario tener un espíritu poco penetrante para no comprender todo el pensamiento de Francia, pensamiento que se veia obligada á callar por miramientos políticos de fácil alcance; pero pensamiento evidente, positivo, de que habia que estar seguros, y que no era otro que el de la elevacion al trono de Suecia del príncipe de Ponte-Corvo, este general ilustre, consejero prudente, inspirador de Napoleon en sus mas brillantes campañas y en sus actos políticos mas insignes. Donde quiera se preguntaba cómo habia entendimiento tan tardo que no comprendiera este pensamiento y no viera el motivo del silencio aparente y hasta afectado á que se hallaba condenada Francia. Esta comedia, hábilmente representada, tuvo éxito completo: nadie quiso pasar por espíritu obtuso, incapaz de penetrar el profundo

pensamiento de Napoleon; todos creyeron que era el que se ha dicho, hasta el extremo de invadir al cabo de algunas horas la tal opinion el gobierno y los Estados, tanto que el rey hubo de retroceder de la presentacion que habia hecho y la comision de los Estados del voto que habia emitido, con lo que una noche fué presentado y elegido casi por unanimidad el príncipe de Ponte-Corvo príncipe real, heredero de la corona de Suecia. Este extraño fenómeno, que debia elevar al trono á la única dinastia napoleónica que se habia de conservar en Europa, demostraba dos cosas, hasta qué punto era poderosa la opinion en Suecia de tener monarca de origen francés y cuán poco tiempo se necesita para que una opinion estalle, cuando es general, aunque esté comprimida y momentáneamente disimulada.

Mas para que en esta revolucion fuera estupeado todo, á tiempo en que el agente secreto, autor de esta súbita mudanza de rumbo electoral, partia de París, enterado Napoleon de su viage, y sospechando que abusaria del nombre de Francia, previno al ministro de Negocios extrangeros que le desmintiera, bien que el despacho en que lo hizo llegó tarde á Estokolmo (1). Elegido fué pues el príncipe destinado á ser aliado de Francia (pronto se verá de que manera fué aliado). Al saber Napoleon la eleccion esta, sonrióse con cierta especie de amargura, como si penetrara en las profundidades de lo futuro. Sin embargo, no habló de este

(1) Esto lo escribo con presencia de la carta en que fué desmentido y que existe en el archivo de Negocios extrangeros.

asunto mas que con indiferencia, teniendo en su fuerza una fé absoluta, y considerando la ingratitude que preveia como uno de los timbres de la carrera de un grande hombre. Con altanería y dulzura recibió al antiguo general Bernadotte, que le iba á pedir la aprobacion indispensable para Suecia; le dijo que era extraño á su elevacion al trono, porque su política no le permitia mezclarse en tal asunto, pero que veia con satisfaccion este homenaje rendido á la gloria de los ejércitos franceses; que ademas estaba muy seguro de que el mariscal Bernadotte, oficial de estos ejércitos, jamás olvidaria lo que debía á su patria; que en esta confianza le complacia la eleccion hecha por Suecia, y que, no queriendo que un francés hiciera en el extranjero mala figura, habia ordenado á Mr. Mollien que le diera todos los fondos que necesitara (1). Despues de este discurso, acompañó Napoleon al recién elegido con una dignidad graciosa, aunque fría, hasta la puerta de su gabinete.

El príncipe de Ponte-Corvo, que á la sazón no pensaba mas que en presentarse en Suecia rodeado del favor de Napoleon, recibió de Mr. Mollien un millon de francos, y marchó sin demora á Estokolmo, donde fué recibido con alegría extremada. Inmediatamente se dedicó á halagar á todos los partidos, tomando un semblante distinto á presencia de cada uno de ellos; con la antigua corte, haciendo gala de ser un rancio aristócrata del ejército del Rhin, que se hacia llamar señor cuando en todas partes se llamaba á todo individuo ciudada-

(1) Mr. de Taillerand, testigo de esta entrevista, me ha contado mas de una vez los pormenores que aquí pongo.

no; con el partido liberal blasonaba de ser antiguo general fiel á la república, á la cual habia servido; por último, con los secretos parciales de Inglaterra, que abundaban entre los comerciantes, dejando trascender todo el odio que nutria en el seno de su alma contra Napoleon, antes de su fortuna.

Por algun tiempo era posible hacer estos papeles contradictorios y debian lograr éxito hasta el instante en que cedieran el puesto á uno solo, el de un enemigo irreconciliable de Francia, último papel que por una deplorable oportunidad debía lograr éxito á su vez cuando la tormenta del odio universal estallara contra nosotros. Yendo muy de prisa buscando algo con que satisfacer el orgullo sueco, el príncipe real, con una precipitacion de advenedizo, discurrió hacer al ministro de Francia una singular abertura, y que probaba la idea que de la fidelidad política tenia formada.

Esta era la época en que, segun se ha dicho, preparaba Napoleon, aunque sin apresurarse, la campaña de Rusia. Se hablaba donde quiera de una grande guerra en el Norte; estos rumores debian en breve calmarse algo de resultas del aplazamiento de las hostilidades para otro año; pero á la sazón tenian toda su intensidad primitiva. Mostrando el príncipe real de Suecia en tal coyuntura una adhesion afectada á Francia, dijo á nuestro ministro que veia bien lo que se preparaba; que habria una gran guerra muy pronto; que se acordaba de la de 1807; que en ella habia prestado importantes servicios (lo cual nada tenia de verdad segun se ha probado); que seria difícil y arriesgada, y que Napoleon necesitaria de alianzas poderosas; que un ejército sueco lanzado á Finlandia,

casi á las puertas de San Petersburgo, podría ser de inmensa ayuda, pero que sin embargo era poco probable que se llegara á recuperar esta provincia; que en Suecia no se lisonjaban de tal cosa; y antes por el contrario todos veian en la Noruega como la compensacion natural, necesaria y única posible de la pérdida de Finlandia, y que si, por ejemplo, quisiera Napoleon asegurar de seguida la Noruega á Suecia, pondria todos los suecos á sus plantas, para que de ellos dispusiera á su antojo despues de ofrecer asi su auxilio. El nuevo principe real tuvo el atrevimiento harto poco decoroso de amenazar con su hostilidad inmediata, si su propuesta no era admitida, y de dedicarse á poner en claro hasta qué punto podia hacer daño, luego de expresar hasta que punto era capaz de servir de provecho. Hasta lo hizo con una falta de pudor que tenia algo de repugnante, siendo francés el uniforme que usaba pocos dias antes y el que le habia abierto paso al trono.

Asombrado el ministro de Francia, conmovido ante este espectáculo odioso, vista la gravedad de la propuesta, apresuróse á escribir á Paris con objeto de que le dictara Napoleon la respuesta á semejante abertura. Napoleon, lo decimos en su alabanza, sintió un movimiento de indignacion que tuvo grandes consecuencias, que hubiera debido proporcionarle mejor suerte; y de seguro se la hubiera deparado, si su prudencia en todas las cosas igualara á su lealtad en esta. Para ceder la Noruega á Suecia, tenia que despojar descaradamente á su mas fiel aliada, la Dinamarca, que, atormentada por las leyes del bloqueo continental, las soportaba sin embargo, con admirable paciencia, y sumi-

nistraba excelentes marineros á nuestras escuadras. Sonrojóse de indignacion y de menosprecio al oír tal propuesta, y dirigió á su ministro de Negocios estrangeros una de las mejores y honrosas cartas escritas de su puño. Veia y no extrañaba que la cabeza del nuevo principe real era desarreglada, bulliciosa, efervescente. En vez de estudiar el pais á donde llegaba, de hacerse allí estimar por una actitud tranquila, decorosa, formalmente ocupada, no trataba el principe mas que de halagar á éste, de acariciar á aquel, y suscitaba temerariamente cuestiones de las cuales podia nacer un incendio. Esta era una conducta lamentable y á la cual no habia que dar ayuda. Hacer traicion á Dinamarca era para Francia un crimen imposible, y que en proponérselo habia tan poca cordura como decencia. Todo aquel aparato de servicios prometidos á Francia ó de males que hacerla, no le movia cosa alguna, pues no estaba pendiente de ningun enemigo del mundo y menos aun de un aliado. No obraba sensatamente el principe al explicarse de tal modo; por fortuna el rey y el gobierno distaban mucho de usar este lenguaje, y de consiguiente no habia que hacer ningun caso. Despues de estas reflexiones, recomendaba Napoleon á Mr. Alquier, nuestro ministro, que no agraviara al principe, sino que le hiciera entender que se extraviaba obrando y hablando tan precipitadamente, y sobre todo hablando en aquel tono; que no le respondiera sobre los asuntos que habia suscitado tan ligeramente, y le hablara poco de negocios, pues al cabo no era mas que heredero presunto; que no tuviera relaciones mas que con el rey y los ministros, y dijera á cada uno de ellos, sin reserva ó secreta-

mente, que lo que Francia esperaba de Suecia era fidelidad á los tratados, particularmente al último de paz escandalosamente violado en aquel momento; que esperaba mas que nada la supresion del depósito de Gothenburgo, sin lo cual volveria á empezar la guerra, y la Pomerania sueca, recientemente restituida, seria una vez mas la prenda de que se apoderara para obligar á Suecia á cumplir sus deberes. Por el mismo correo dispuso Napoleon que, sin explicar el motivo, se recomendase á Dinamarca que mantuviera siempre en Noruega muchas tropas.

De esta manera aparecian las disposiciones de Europa en visperas de la grande y última lucha á que Napoleon iba á retarla. Exteriormente la sumision mas completa con el odio mas implacable en el fondo, y por lo menos embarazo, en donde el odio no existia. Asi nuestros aliados alemanes, Baviera, Wurtemberg, Sajonia, Baden, hacian cuanto queríamos, y preparaban sus contingentes, pero temblaban en secreto al ver los odios que se albergaban en el corazon de sus súbditos, y la animadversion inspirada por la quinta. Adictos á la causa de Napoleon por miedo é interés, agraviados á menudo por sus exigencias y su lenguaje, bien que temerosos de perder el engrandecimiento que habian recibido de su mano, anhelaban que no se expusiera á nuevos riesgos, y por este motivo les intimidaba extremadamente la próxima guerra. Con especialidad el rey de Wurtemberg, poco escrupuloso en materia de alianzas, no teniendo por buena mas que la que aumentaba sus rentas y su territorio, no experimentando de consiguiente ningun remordimiento por haberse entregado á Napoleon,

y juntando mucho talento á una gran energia de carácter hasta el punto de decir siempre lo que pensaba al omnipotente protector de la Confederacion del Rin, dirigióle algunas objeciones relativas á los aprestos de la nueva guerra y al envio de un destacamento wurtembergés pedido para Danzick. Inmediatamente le respondió Napoleon una larga y curiosa carta, que revelaba al descuido la extraña fatalidad, bajo cuyo imperio corria á nuevas aventuras. En esta carta le decia que nada le importaba un regimiento mas ó menos, sino la ventaja de tener en Danzick alemanes mas bien que franceses, porque excitaban menos recelos; que deseando tener alemanes, los queria de todos los estados de la Confederacion; que le era imposible no tomar posicion en Danzick, siendo la verdadera base de operaciones para una campaña en el Norte; que esta campaña no la hacia por gusto, ni por capricho de jóven principe, belicoso y anhelante de un estreno brillante en el mundo; que se aprestaba á hacerla; que lejos de agrardarle le desplacia, (lo cual era verdad y hacia mas chocante la locura de su ambicion); pero que la consideraba inevitable; que si no estallaba en 1811, estallaria en 1812; que á lo sumo se podria retardar un año, y que muy mal agenciara sus asuntos y los de la Confederacion, si se dejara sorprender por un enemigo á quien permitiera prepararse impunemente; que por tanto obedecia á la necesidad, no á su inclinacion, é insistia en tener dos batallones wurtembergeses destinados á completar la guarnicion de Danzick. ¡Necesidad! Tal era, segun hemos dicho, la idea de Napoleon, necesidad efectiva sin duda, admitiendo como necesidad para él la de hacerse

obedecer sin dilacion, sin limite, sin una sola restriccion, por todas las potencias de Europa, las que estaban cerca y lejos, aquellas cuya concurrencia importaba á sus designios, y aquellas otras en que no siendo indispensable, aunque preciosa, se obtenia en bastante medida, y en ella nada dejaban que desear mas que á su orgullo. ¡Tal era la necesidad que se podia invocar para esta guerra! Al recibir esta carta el rey de Wurtemberg, que tenia á Napoleon verdadero afecto, y al reconocer la inutilidad de sus observaciones, cesó de oponer resistencia, y lleno el espíritu de los presentimientos mas fatales, envió sus dos batallones.

Se acababan de recibir algunas noticias de Oriente y de tener informes de cómo habian sido acogidas las primeras aberturas hechas en Constantinopla. Salvádose habian Moldavia y Valaquia, sin convertir desde luego á los turcos en aliados. Con efecto, estos, al ver obligada á Rusia á retirar parte de sus tropas, se prometieron no ceder nada para vivir en paz con ella, pero desconfiando tanto de nosotros como Mr. de Metternich habia dicho, se guardaron muy bien de oír de nuestra parte ninguna proposicion de alianza. Lejos de hallarse dispuestos á batirse á nuestro lado, estaban determinados á no batirse ni en contra ni en favor de nadie, convencidos de que se aspiraba á servirse de ellos un instante para abandonarlos en seguida. Asi aguardaban impacientes el dia en que, estrechada Rusia por Napoleon muy de cerca, se viera precisada á entrar en tratos, para celebrar con ellos una paz ventajosa, y no consideraban tal la que les costara la mas minima porcion de territorio. Mirando Rusia este porvenir muy cercano, les

habia dirigido una proposicion media, la de guardar para sí la Besarabia y la Moldavia, restituyéndoles la Valaquia. Ademas habia pedido la independencia de la Servia. Viendo los turcos llegar la hora en que Rusia no podria dejar sus tropas junto al Danubio, rechazaban todas sus ofertas y reclamaban pura y simplemente el *status ante bellum*. Pero tan astutos como acusaban á sus enemigos de serlo, disimulaban ante Francia su resentimiento oculto, afectaban haberlo olvidado todo y hasta mostrarse propicios á aliarse con ella, á condicion de que en prueba de anudarse la amistad sinceramente, pasarian sin tardanza el Vistula los ejércitos franceses. Hasta aquí fingian dudar del grande cambio político de que se les hablaba, aunque no tenian sobre este punto la menor duda. Su cuidado en no comprometerse era tanto, que hasta eludian las aberturas de Austria, no se mostraban menos evasivos con ella que con nosotros, y no vacilaban en decirle que tambien les habia abandonado cuando así le convino; que de consiguiente no se creian obligados á nadie, y que si volvía á ser su aliada, seria por obediencia á Napoleon y no por amistad hacia ellos. Al explicarse de este modo usaban en su lenguaje de cierta mofa que probaba, con todo lo demás de su conducta, que si perdian bajo el aspecto de aquella energia salvaje, á la cual debieron algun dia su grandeza, ganaban cotidianamente bajo el aspecto de la sutileza política. ¡Triste progreso el suyo venir á ser griegos, griegos tales como aquellos á quienes despojaron el año 1453 de Constantinopla!

No gozaba, pues, Mr. de Metternich cerca de los turcos de mayor crédito que la diplomacia

francesa. Resultado adquirido era impedirlos entregar la Moldavia y la Valaquia á los rusos; pero era resultado improbable conseguir que se batieran contra los rusos y á favor de los franceses y los austriacos.

Mientras preparaba sus alianzas y sus ejércitos para la gran guerra del Norte, diferida, pero desgraciadamente inevitable, Napoleon, con su comun actividad de talento, trataba de despachar sus asuntos interiores, á fin de no dejar detrás de sí ningún embarazo, cuando se viera obligado á ausentarse por un tiempo, cuya duracion ignoraba. Segun ya hemos expuesto, quiso reunir el concilio, del cual aguardaba el término de las cuestiones religiosas, el mismo dia del bautizo del rey de Roma. Le parecia conveniente reunir á todos los cuerpos del Estado, convocados en torno de la cuna de su hijo, á la Iglesia católica misma, y hacer que esta consagrara el titulo de rey de Roma, dando al heredero del nuevo imperio. Ora porque repugnaba esta especie de compromiso á los prelados, ya dentro de París en su mayor parte, ora porque la razon alegada fuera sincera, expusieron que la mayoría de ellos eran de edad bastante avanzada para que pudieran resistir la fatiga de una doble ceremonia en el mismo dia, y así la reunion del concilio se aplazó para el domingo siguiente al bautizo. No pudieron, pues, los prelados asistir á esta solemnidad mas que individualmente, y no como cuerpo representante de la Iglesia.

Para la solemne ceremonia del bautizo del rey de Roma se eligió el dia 9 de junio. Todo se puso por obra á fin de que fuese digna de la grandeza del imperio y de los vastos des-

tinios á que estaba llamado el niño monarca. En la tarde del 8 de junio, se trasladó Napoleon de Saint-Cloud á Paris, rodeado de una magnifica comitiva, poco mas ó menos igual á aquella con que maravilló á los parisienses, cuando vino al Louvre á celebrar su matrimonio. Apenas habia pasado un año y ya tenia un heredero, y podia decir con orgullo que la Providencia le concedia todo lo que anhelaba con la puntualidad de una protestad sumisa. ¡Ah, no lo estaba, y se lo debia probar muy pronto! Pero parecia que le prodigaba todas las felicidades, como para que fuese de mayor bulto la falta de abusar de ellas, y mas terrible el castigo que trajera consigo esta falta. A Paris llegó la tarde del 8 de junio, rodeado de los reyes de su familia, de José que se habia valido de este pretexto para librarse de los horrores de la guerra de España; de Gerónimo, que habia abandonado su reino para asistir á esta solemnidad; del duque de Wurzburg, enviado por el emperador de Austria para representarle en el bautizo de su nieto. Efectivamente, Napoleon tuvo la atencion delicada de rogar á su suegro que fuera padrino del augusto infante, y muy deseoso el emperador Francisco de complacer á su terrible yerno, aceptó la calidad de padrino, y encargó al duque de Wurzburg que hiciera sus veces. Toda la poblacion de Paris se agolpó al paso de la soberbia comitiva, ya consolada en parte de los sufrimientos mercantiles de este año por la marcada restauracion de la actividad de la industria y por los inmensos pedidos de la lista civil y de la administracion de la guerra. Por otra parte, se congratulaba de esta nueva prenda de duracion otorgada

por el cielo á una grandeza inaudita, que era no solo la de un hombre, sino la de Francia, y tanto que los días que manifestaba contra Napoleon vivo descontento, se derivaba éste de que parecía poner en peligro la tal grandeza. Le aplaudió una vez mas, aunque el entusiasmo no fuera el de los primeros tiempos, le aplaudió dominada y seducida siempre que le veía, siempre maravillada de su fortuna y de su gloria, siempre arrastrada cómo toda grande poblacion por el movimiento de las festividades solemnes. Paris resplandecía con mil fuegos: todos los teatros estaban abiertos gratuitamente á la apiñada muchedumbre: las plazas públicas estaban llenas de regalos ofrecidos al pueblo de Paris por el venturoso padre del rey de Roma, y no contribuía poco á la satisfaccion general la circunstancia de que el aplazamiento de la guerra por un año hacia esperar que pudiera evitarse. Rumores de paz completaban el júbilo de estos hermosos festejos.

Al dia siguiente que era domingo, acompañando Napoleon de su esposa y de su familia, llevó á su hijo á Nuestra Señora, templo de la consagracion de este soberano, y lo presentó á los ministros de la religion. Cien prelados y veinte cardenales, el Senado, el Cuerpo legislativo, los alcaldes de las buenas ciudades, llenaban el sagrado recinto donde el infante imperial iba á recibir las aguas bautismales. Cuando, acabada la ceremonia, volvió el prelado celebrante el rey de Roma á Mad. de Montesquiou, aya de los hijos de Francia, ésta le entregó á Napoleon, que, cogiéndole en sus brazos y levantándole sobre su cabeza, le presentó así á la lucidisima concurrencia, con

visible emocion que fué general muy en breve. Este espectáculo conmovió todos los corazones. ¡Qué profundidad en el misterio que rodea la vida humana! ¡Cuán dolorosa sorpresa, si detrás de esta escena de prosperidad y de grandeza se hubieran podido divisar de repente tantas ruinas, tanta sangre é incendios, y las llamas de Moscou, y los hielos del Berecina, y Leipzick, y Fontainebleau, y la isla de Elba, y Santa Elena, y, finalmente, la muerte de este augusto niño á los diez y ocho años, en el destierro, sin una sola de las coronas acumuladas á la sazón sobre su cabeza, y tantas otras revoluciones mas que debian encumbrar de nuevo á su familia despues de haberla abatido! ¡Cuán benéfica es la Providencia al ocultar al hombre su mañana! ¡Qué escollo tambien para su prudencia el prever este mañana y conjurarlo á fuerza de cordura!

Al salir Napoleon de la metrópoli entre inmensa muchedumbre, dirigióse á la casa de ayuntamiento, donde estaba preparado un banquete imperial. Bajo los gobiernos absolutos se halaga de buena voluntad al pueblo en ciertas ocasiones, y especialmente la ciudad de Paris ha recibido de sus soberanos á menudo caricias que no les comprometian nada. En su seno quiso celebrar Napoleon el nacimiento de su hijo, y en su seno pasó este dia de consiguiente. Admitidos los habitantes de Paris á la fiesta, pudieron ver sentado á la mesa, con la corona en las sienas, rodeado de monarcas de su familia, y de una multitud de príncipes extrangeros, comiendo en público como los antiguos emperadores germánicos, sucesores de los emperadores de Occidente. Fascinados por

este espectáculo resplandeciente, aplaudieron los parisienses, lisonjeándose aun de que la duracion se juntaria á la grandeza y la cordura á la gloria. ¡Bien hacian en regocijarse, porque este júbilo era el postrero de aquel reinado! ¡Ah! A contar desde esta fecha nuestra relacion no será mas que un largo duelo.

Fiestas de todas clases sucedieron los dias siguientes á las del primero, pues en esta coyuntura quiso Napoleon prolongar todo lo posible las manifestaciones del público alborozo. Pero el terrible destino, que dispone de la vida de los mas altos y mas humildes mortales, y les impulsa sin tregua al fin señalado á su carrera, no quiso dejarle respiro por largo tiempo. Profundamente mezclados se hallaban los mas graves asuntos unos con otros, sucediéndose sin intermision y exigiendo su atencion toda sin un instante de retardo. Su hijo fué bautizado el 9 de junio, al domingo siguiente, dia 16, fué necesario juntar el concilio.

Al principio de este libro se han visto las causas que tuvo Napoleon para convocarle. Una comision eclesiástica compuesta de prelados, otra comision civil compuesta de hombres politicos de nota, el principe Cambaceres entre ellos, examinaron y resolvieron, como se verá á continuacion, las numerosas y graves cuestiones que se originaban de la convocatoria de semejante asamblea.

Ante todo ¿se podia celebrar un concilio sin la voluntad y presencia del papa? Sobre esto la historia de la Iglesia no permite la mas leve duda, pues hubo concilios convocados por los emperadores contra los papas, á fin de condenar á pontifices indignos, y otros convocados por los papas

contra los emperadores opresores de la Iglesia. Además, el buen sentido, que es la luz mas segura asi en materias religiosas como de cualquiera clase, decia en efecto que, teniendo la Iglesia que salvarse á sí misma, y habiéndolo alcanzado con maravilloso discernimiento, ora contra papas prevaricadores, ora contra emperadores que abusaron de su poderío, se necesitaba que se pudiera constituir independientemente de aquellos á quienes debia de contener ó de castigar.

¿Convenia formar un concilio ecuménico, es decir, general, ó nacional tan solo? Un concilio general hubiera tenido mas autoridad y conviniera mas á la politica y á la imaginacion grandiosa de Napoleon; pero aunque abarcara la mayor parte de la cristiandad con su imperio y con sus aliados, quedaban fuera de su poder muchos prelados en Austria, en España, en algunos puntos de Alemania y Polonia, para arrostrar el inconveniente de su ausencia ó su oposicion. Probabilísimamente no hubieran acudido y protestaran contra la formacion de un concilio é invalidaran de resultas la legitimidad del que se celebrase. Convocando un concilio nacional exclusivamente, que comprendiera á los prelados del imperio francés, á los de Italia y parte de Alemania, se debia juntar una asamblea de las mas imponentes y que bastaria del todo para resolver las cuestiones que le fueran sometidas.

Si hubiera que consultarle sobre las inmensas cuestiones de la soberanía temporal de los papas, de su residencia en Roma ó en Aviñon, con una dotacion de 2.000,000 y su dependencia del nuevo imperio de Occidente, solo un concilio ecuménico

tenia poder para determinarlas, y de todas maneras es dudoso que jamas se hallara una asamblea de prelados, por muy aterrados que estuvieran, que aprobáse el despojo del patrimonio de san Pedro, y consintiese en segregar al gefe de la Iglesia de la lista de los soberanos. Pero Napoleon se hubiera guardado muy bien de tocar estas cuestiones: ¿Que necesitaba segun el estado de las cosas? Proveer al gobierno de las diócesis, alcanzando la institucion canónica de los obispos que habia nombrado. Rehusando esta institucion y contrariando á falta de ella el arbitrio de los vicarios capitulares, tenia el papa á Napoleon en jaque hasta cierto punto, y embarazaba completamente la marcha de su gobierno. Si se llegaba á conseguir por medio de una resolucion impuesta al papa, ó aprobada por él, é impedir que fuese un arma en manos de la Iglesia romana, para estorbar la administracion de las diócesis, Napoleon salia de tantos embarazos, pues, no queriendo emprender nada contra los dogmas de la Iglesia, queriéndolo dejar todo como en lo antiguo bajo el aspecto espiritual, y hasta favorecer el desarrollo de la religion, no tenia que temer un cisma. Asi esperaba que, sacados por la regularizacion de la institucion canónica los asuntos religiosos del carril en que, por decirlo asi, estaban metidos, el papa cautivo, á la vista de que marchaba todo y marchaba bien sin su concurrencia, sin su soberania, acabaria por aceptar la nueva situacion que se le habia propuesto.

No siendo uniforme el método de nombramiento y de institucion canónica de los obispos en los diferentes paises, y habiendo variado especialmen-

te con el trascurso de los siglos, ocurría otra cuestion de disciplina local que un concilio nacional podia resolver, por supuesto para Francia é Italia, y esta solucion habia á Napoleon, porque el papa quedaba asi privado del arma de que hacia uso para entorpecerlo todo.

Por estas diversas razones se convino en que se formaria un concilio compuesto de los obispos de Italia, de Francia, de Holanda, de parte de Alemania, los cuales constituirian una asamblea de las mas vastas y mas magestuosas; en que se juntaria en Paris á principios de junio; y en que se le consultaria sobre el grave conflicto suscitado entre el poder temporal y la Iglesia. En un mensaje imperial se debia presentar la cuestion y en los términos siguientes poco mas ó menos.

—Al ascender Napoleon al gobierno de Francia halló derruidos los altares, proscriptos los ministros del culto, y levantó los unos y llamó á los otros. Empleó su autoridad en vencer formidables preocupaciones nacidas de una revolucion y de todo un siglo filosófico: triunfó y volvió á florecer la religion católica por él restablecida. Numerosos y patentes hechos probaban que desde su advenimiento al trono no se habia cometido un solo acto contrario á la fé, al par que se habian tomado muchas providencias para proteger la religion y extenderla; aunque á la verdad entre el papa y el emperador se habia suscitado un triste disentiimiento.

—Contando Napoleon la Italia entre el número de sus conquistas, habia querido establecerse sólidamente en ella. Desde que restituyó el papa á Roma, lo cual hizo antes de que se celebrara el Concordato, encontró en el soberano temporal de

los Estados romanos un enemigo declarado ó encubierto, pero siempre intratable, y que nada perdonó por derribar el poder de los franceses en Italia. Asilo dió el papa á todos los cardenales hostiles al rey de Nápoles, á todos los bandidos que infestaban la frontera napolitana, y quiso continuar en relaciones con los ingleses, enemigos irreconciliables de Francia. Era, pues, no el soberano espiritual, sino el soberano temporal de Roma quien por una cuestion de interés material tan solo, se habia indispuerto con el soberano temporal del imperio francés. ¿Y qué arma habia empleado? La excomunion, que ó era impotente, en cuyo caso exponia la autoridad espiritual al descrédito, ó destructora de todo poder, y tendia no menos que á volver á sumir á Francia y á Europa en la anarquía.—

Aqui las quejas eran fáciles y debian encontrar eco, porque entre casi todo el clero, excepto la parte fanática, la bula de excomunion no habia hallado mas que desaprobadores; y entre las gentes ilustradas de todas clases no habia quien no dijese que el papado habia hecho asi uso de un medio ridiculo, si era impotente, culpable, si era eficaz, y digno de los anarquistas de 1793.

—Este era el primer caso que se habia realizado, se debia decir además, y el papa recurrió entonces á un segundo medio el de negar la institucion canónica á los obispos nombrados. Con esto, por intereses temporales, habia dejado perecer el episcopado en Alemania, hasta el punto de que de veinte y cuatro sillas germánicas no estaban provistas mas que ocho, lo cual debia engendrar una vehemente sensacion en los príncipes, la mayor

parte protestantes, de apoderarse de las rentas de las mitras. ¿Procederia el papa del mismo modo en Francia? De temer era, pues, habia ya veinte y siete sillas vacantes, que Napoleon habia provisto y se negaba á proveer por su parte el papa, negando la institucion canónica á los electos. ¿Por ventura se podia admitir que, para defender el papa sus ventajas temporales, pusiese la Iglesia en peligro y dejase perecer las ventajas espirituales?

A la Iglesia tocaba impedir que esto sucediese y medios tenia de conseguirlo. Al negar el papa la institucion, habia violado el concordato; y de consiguiente era ya un tratado abolido y cabia volverse á colocar en la condicion de los antiguos tiempos, en que el papa no instituia los obispos, en que, elegidos estos por los fieles, eran confirmados y consagrados por el metropolitano. Tal era la cuestion que el emperador no queria resolver por sí solo, pero se la presentaba á la Iglesia congregada, para que proveyese á su propia conservacion, y se salvase del peligro á que acababa de sucumbir casi toda la Iglesia de Alemania.—

Acordadas ya la forma del concilio y la cuestion que se habia de someterle, los principales personajes, que en los asuntos eclesiásticos ilustraban á Napoleon con sus luces, y le ayudaban con su apoyo, le suplicaron que tentara cerca del papa el último paso, que le enviara dos ó tres prelados de gran peso, para anunciarle la reunion del concilio y empeñarle en que hiciera mas fácil su tarea, adhiriéndose de antemano á ciertas soluciones que, una vez consentidas por él, hallarian una adhesion unánime. Asi se conjuraria la tempestad que amenazaba, y se proporcionaria á la Iglesia la paz, la